

díos. Dijo á los príncipes de los sacerdotes y al pueblo allí congregado: Yo no encuentro en este hombre motivo alguno de condenarlo, ni tampoco motivo alguno de acusarlo. Esta declaracion fue para los enemigos del Salvador un golpe de rayo que debió abatirlos; pero ellos tomaron aliento, y se animaron. Ella debió ser para el pueblo un gran motivo de consolacion; pero él se dejó engañar. Ella fue para Pilato una gran prueba de su discernimiento y de su equidad; pero mudó de semblante: así todo el mundo abandonó á Jesús, y se cumplieron sus predicciones. La Providencia quiso solamente salvar la gloria de su inocencia, y que así como el primer traidor que lo habia vendido lo habia declarado justo, así el último juez lo declarase inocente.

Peticion y coloquio.

¡Oh inocente Cordero, oh Salvador, principio de toda justicia! me alegro que sea reconocida vuestra inocencia. Las profecias se aclaran, y ahora se ve que únicamente quereis padecer por los pecados de los hombres, y dar vuestra vida por la salvacion de vuestras ovejas. Concededme la gracia de padecer con Vos, para reinar con Vos. Amen.

MEDITACION CCCXXII.

SILENCIO DE JESÚS DELANTE DE PILATO.

(Math. xxvii, 12-14; Marc. xv, 3-5).

1.º Razones que tuvo el Salvador para observar un profundo silencio; 2.º razones que tuvo Pilato para admirar este silencio; 3.º razones que tenemos nosotros para admirar este silencio.

PUNTO I.

Razones que tuvo Jesús para observar un profundo silencio.

1.º *La primera fue la dignidad de su persona...* Pilato al volver á su balcon, hácia el atrio, para hablar á los judíos, habia llevado á Jesús. Luego que hubo declarado que él no hallaba motivo alguno para condenarlo, renovaron los judíos sus acusaciones, y añadieron aun otras, que ni eran mas fundadas ni mejor probadas... «Y siendo acusado por los príncipes de los sacerdotes y por los ancianos de muchas cosas... nada respondió... Y Pilato le preguntó otra vez diciendo... ¿No oyes tú de cuántas cosas te acusan? Á nada le respondió... Mira de cuántas cosas te acusan; pero Jesús ni aun

«entonces respondió...» Una cosa bien digna de observacion es, que el Salvador no haya jamás respondido sino sobre su mision, sobre su cualidad de Cristo ó de Mesías, de Rey, de Hijo de Dios, de las cuales cosas debia enseñar á los hombres. De hecho, no parece que conviniese á su dignidad de Hijo de Dios y de Juez soberano del universo responder á los hombres sobre delitos que ellos habian tenido la temeridad de imputarle. Por otra parte, estas acusaciones eran, como las primeras, sin fundamento y sin prueba, y Pilato, que habia despreciado las otras, y habia decidido por la inocencia de Jesucristo, no viendo siempre otra cosa que pasion en los nuevos acusadores, habria debido hacer cesar el tumulto, atenerse á su primer juicio, ejecutarlo, y volver al acusado absuelto; pero este vil ministro empezaba á temer por sí mismo el furor de los judíos: habria querido salvar al inocente, y no desagradar á sus enemigos; habria querido que Jesús por medio de fuertes defensas, y de réplicas vigorosas le hubiese ayudado á salir del embarazo; habria querido que con defenderse hubiese reducido sus enemigos al silencio; ¡vanos deseos de una autoridad débil y lánguida!... Las apologías no hacen de modo alguno callar á los calumniadores, y cuando el ministerio ha reconocido de una vez la inocencia, no puede refrenar el espíritu de faccion de otra manera que con mostrarle firmeza é inspirarle un justo temor.

2.º *La segunda fue para expiar nuestros pecados de palabra,* nuestras vanas excusas, nuestras falsas justificaciones, nuestras impaciencias, nuestras murmuraciones, nuestras inquietudes en las acusaciones hechas contra nosotros, y nuestros pecados en las acusaciones, ó verdaderas ó falsas, con que hemos mortificado injustamente y por malignidad al prójimo, ó denigrado su reputacion... Examinemos cuán culpados estamos en todos estos puntos, y demos gracias á nuestro Salvador por haber querido sufrir en silencio tantas calumnias para reparar nuestras culpas.

3.º *La tercera fue para darnos ejemplo, y merecernos la gracia de imitarlo...* Jesús ha querido pasar por todas las pruebas á que nosotros debíamos estar sujetos; para servirnos en todo de ejemplo y de modelo. ¿Seremos nosotros tan viles que no lo imitemos? Él ha querido con cada uno de sus particulares sufrimientos merecernos las gracias propias de cada situacion en que nos hallemos, para excitar nuestra confianza. Pidámosle, pues, en virtud de aquel profundo silencio que observó entre sus enemigos, la gracia de observarlo nosotros tambien; y de imitar un tan grande ejemplo.

PUNTO II.

Razones que tuvo Pilato para admirar este silencio.

1.º *La primera fue la manera con que Jesús observó el silencio...* «De modo que el presidente se maravilló en gran manera...» El silencio de Jesucristo estaba lleno de dignidad, de tranquilidad y de dulzura; nada tenía de vil ni de cobarde, como pueden causarlo, ó una conciencia inquieta, ó el temor de un cruel suplicio. Nada tenía de desabrido ni de feroz, como lo inspiran la cólera ó el deseo de la venganza. Nada tenía de fiero ni de ultrajante, como lo producen el orgullo, la indignación y el desprecio: por esto Pilato no se ofendió de modo alguno; pero no pudo dejar de admirarlo. El corazón de Jesús observaba un silencio todavía mas admirable; se humillaba á las órdenes de su Padre, y en ellas ponía toda su complacencia: bien lejos de estar afligido desecha los suplicios para salvarnos, y bien lejos de insultar y de irritarse contra ellos se compadecía de su error: tal es el silencio que Jesucristo propone para nuestra imitación, porque no es un imitar á Jesús observar un silencio en que la pasión queda mayormente satisfecha, y se manifiesta mas que lo que se manifestaría con las palabras.

2.º *La segunda fue la importancia del negocio en que Jesús observaba el silencio...* Nada menos se trataba que de la muerte, y de la muerte de cruz; á esto se enderezaban todas las acusaciones que se intentaban contra Jesús, y en un negocio de tal consecuencia él estaba tranquilo: el juez le era favorable, exigía una sola respuesta que Jesús podía dar fácilmente para rebatir la calumnia; pedía solamente una negación; él mismo solicitaba al acusado para que hablase, para que dijese solo una palabra, pero Jesús persistía en callar con una constancia, con una firmeza y con una majestad que el Juez gentil no podía bastantemente admirar. La idea que los filósofos de Grecia y de Roma habían dado de su sábio, según ellos, Rey del universo, y que jamás habían realizado, no podía tener alguna comparación con lo que Pilato veía con sus ojos, de grande y de noble en el silencio del Salvador. Conviene ciertamente decir que el que en una coyuntura tan crítica observaba un tal silencio fuese una cosa muy grande, y mas que hombre.

3.º *La tercera fue el contraste del silencio del Salvador con los gritos tumultuosos de sus enemigos...* Había otra tanta calma, dulzura y nobleza en el acusado, cuanta era la vileza, el furor y la pasión

que se veía en sus acusadores. Estos eran los personajes mas distinguidos entre los judíos, y con todo eso se sentían gritar tumultuosamente con un vil populacho, acumular las acusaciones sin orden, sin prueba, y con un furor que habría bastado para probar su falsedad. De la otra parte, Jesús en sus ataduras hacía ver que gozaba de una paz profunda, superior á todo; observaba un humilde y majestuoso silencio, cumpliendo de tal modo perfectamente el retrato que de él había hecho el Profeta, como si nada oyese ó nada tuviese que responder en su defensa. El Gobernador, escandalizado de las quejas y gritos de los judíos, no podía cansarse de contemplar al que ellos le habían entregado, y siempre crecía mas su admiración. ¡Oh cuántas cosas decía á Pilato este silencio! ¡Ay de mí! ¿qué cosa no debería decir á mi corazón?

PUNTO III.

Razones que tenemos para imitar este silencio.

Fuera de las razones generales que tenemos para imitar los ejemplos del Salvador, pues con este solo fin nos los ha dado, tenemos aun otras particulares para aplicarnos á imitar su silencio.

1.º *La primera es la mayor frecuencia de las ocasiones que se ofrecen de imitarlo:* cuasi todos los días, y aun muchas veces al día, se presenta esta ocasión. ¿Alguno nos vitupera, nos reprende, nos acusa; otro nos critica, nos moteja, nos pica, nos contradice? acordémonos entonces del silencio de Jesucristo; y si la cosa no nos obliga á hablar, imitémoslo. Esta es una ocasión, y cuanto mas frecuente, tanto mas nos debemos aplicar para aprovecharnos de ella. ¡Cuántos méritos no podemos adquirir con una práctica tan simple! ¡Cuántas gracias no podemos obtener! ¡Á qué grado de perfección no podemos llegar! Si, según Santiago, aquel es perfecto que no peca con las palabras, ¿hay por ventura medio mas seguro que aplicarnos á imitar el silencio de Jesucristo? Si lo omitimos, ¡cuántas pérdidas diarias no hacemos! ¡De cuántos méritos nos privamos, cuántos pecados cometemos!

2.º *La segunda es la suma facilidad de imitar este ejemplo de Jesucristo...* Si no podemos obrar como el Salvador, hablar como él, sufrir como él, podemos por lo menos callar como él. No podemos en esto alegar nuestra debilidad ó nuestra incapacidad; para callar no es necesaria fuerza ni talento. Por otra parte las circunstancias en que nos pide guardar silencio por amor suyo no

son de cierto tan decisivas como aquellas en que él lo observó por nuestro amor. Respecto de nosotros, no se trata de la vida. Los que nos ofenden no piden nuestra muerte: nuestro silencio no los incitará á perdersnos; antes hay algunos de tal carácter, que de él quedan conmovidos, edificados, é inclinados por esto á estimarnos y á cesar de inquietarnos. Si no imitamos al Salvador en una cosa tan fácil, ¿en qué, pues, lo imitarémos? Y si en nada lo imitamos, ¿con qué título nos contamos en el número de sus discípulos, y con qué derecho pretendemos tener aun parte en sus recompensas? ¡Ah! somos muy viles si rehusamos seguirlo en una cosa tan fácil como es callar.

3.º *La tercera es, que nosotros para callar tenemos las mismas razones que tenía el Salvador...* La dignidad de cristiano que debemos sostener, el buen ejemplo que debemos dar, los pecados que tenemos que expiar, y las gracias que podemos merecer... Lloremos, pues, el haber perdido tantas ocasiones de observar un silencio tan honorífico, tan útil, tan necesario y tan fácil, y hagamos un propósito y una resolución firme de jamás perderlas en adelante.

Petición y coloquio.

¡Ah Dios mio! haced que yo no abra la boca sino para los intereses de vuestra santa verdad, á la que debo dar testimonio, que observe el silencio cuando no será muy necesario hablar, y que con paz y recogimiento, que son los frutos del silencio, adore vuestra conducta siempre sábia y siempre justa, en medio de las injusticias de los hombres que contra mí se levantarán. Amen.

MEDITACION CCCXXIII.

JESÚS ES ENVIADO DE PILATO Á HERODES, Y DE HERODES Á PILATO.

(Luc. xxii, 5-12).

1.º Pilato envía Jesús á Herodes; 2.º Jesús en casa de Herodes; 3.º Herodes vuelve á enviar Jesús á Pilato.

PUNTO I.

Pilatos envía Jesús á Herodes.

1.º *Por culpa de los cabezas de la nacion...* Su culpa, ó por decir mejor, su maldad fue el artificio con que propusieron una nueva calumnia... «Pero ellos (los príncipes de los sacerdotes y la tur-

«ba) se esforzaban mas diciendo: Alborota el pueblo, enseñando por «toda la Judea, habiendo dado principio en la Galilea hasta aquí...»

El primer artificio de la calumnia es alzar la voz y multiplicar los gritos... Conociendo los judíos que por un lado los temia, y que por otro admiraba la constancia de Jesucristo, y quedaba convencido de su inocencia, hacen mayores esfuerzos para atemorizar al juez; alzan la voz, redoblan sus gritos, y repiten acusaciones que en sustancia son siempre las mismas, añadiendo á ellas solamente palabras en vez de pruebas, de que estaban faltos... El segundo artificio de la calumnia es atacar la doctrina, cuando no se atreve á atacar las costumbres... No es ya él el que alborota y conmueve el pueblo, es su doctrina. ¿Qué contiene, pues, ella de nuevo capaz de sublevar el pueblo? Hay ya tres años que Jesucristo enseña, que se examinan sus palabras, que le ponen asechanzas. ¿Cómo, pues, ahora solamente se halla su doctrina sediciosa? Además, ¿qué máxima, qué decision se alega que pueda enderezarse á la sedicion?... El tercer artificio es hacer mirar el mal como general y esparcido por todos los lugares; pero supuesto que el mal sea tan general, sería tambien necesario un número proporcionado de testigos. Su doctrina sediciosa está extendida por todos los lugares, y en ningun lugar hay sedicion. Todo está tranquilo y sujeto en las ciudades y en las aldeas donde ha comparecido, tanto en la Galilea como en la Judea. ¿Dónde, pues, está el tumulto, el desorden, el efecto escandaloso y verificado de esta peligrosa doctrina? ¡Impostores! en todos los demás lugares todo está tranquilo, y si aquí hay tumulto procede de vosotros solos... «Por toda la Judea...» Estos son términos indeterminados, que se usan por la imposibilidad de especificar un solo lugar. Son palabras pomposas para aturdir á un pueblo que no reflexiona, y para atemorizar á magistrados políticos naturalmente inclinados á la desconfianza y á las sospechas. Son finalmente acusaciones desmentidas de los hechos, bajo las cuales la inocencia no deja al fin de verse oprimida muchas veces. Cuando la pobre inocencia se halla en tal estado, ¿qué consolacion no puede hallar en el ejemplo de Jesucristo!

2.º *Por culpa de Pilato...* «Y Pilato oyendo nombrar la Galilea, «preguntó si era galileo. Y luego que entendió que él era de la jurisdicción de Herodes, lo remitió á Herodes, que se hallaba tambien «en aquellos dias en Jerusalem...» Herodes, habia venido sin duda á Jerusalem para celebrar allí la fiesta de la Pascua, porque profesaba la religion de los judíos. Pilato no remitió ya á Jesús á Herodes

por respeto que tuviese á este príncipe, porque entre sí estaban en discordia. No le envió esta causa como si le perteneciese, porque habia sido llevada á su tribunal. Tenia él toda la autoridad necesaria para decidir este negocio, de que era juez de última apelacion. Lo envió, pues, á Herodes solo por debilidad, por desenredarse de su causa, y por evitar la necesidad, ó de proceder contra la justicia por complacer á los judíos, ó de disgustar á los judíos sosteniendo el partido de la justicia. Pero no sostenerla en una tal circunstancia ¿no es hacerle traicion? ¿Por qué expone él á un nuevo exámen, á un nuevo juez, á un éxito dudoso la causa de un acusado que él mismo ha examinado, que ha juzgado, y que ha declarado inocente?... Se aman los empleos luminosos por causa del honor que llevan anejo, pero no se quiere sostener el peso. Se ama la justicia, pero no se quiere dar con perjuicio del propio reposo. Se ama mas la estimacion de los hombres que la virtud. Muchos son mas sensibles á la aprobacion de los grandes que adictos al propio deber. Con tales disposiciones son indignos del empleo que ocupan, y basta una sola ocasion para perder al juez mas incorrupto y mas moderado, mas iluminado y aun mejor intencionado, y para hacerlo prevaricador, injusto y cruel.

3.^o *Por culpa del pueblo...* El pueblo estaba presente á cuanto sucedia. Veia y escuchaba cuanto se hacia en silencio. Conocia mejor que todos la falsedad de las acusaciones que se producian contra Jesús. ¿Con qué razon pudo él oír tantas calumnias sin reclamar, sin quejarse, y sin manifestar su indignacion? Cuando Pilato declaró inocente á Jesús, el pueblo, á quien iba enderezada la palabra, lo mismo que á los sacerdotes, deberia haber hecho ver su júbilo, y aplaudir el discernimiento y la equidad del Gobernador. Con esto habria animado al Juez, atemorizado á los calumniadores, y dado testimonio á la inocencia reconocida; pero el temor lo contuvo en el silencio. Si no se atrevia á hablar, debia á lo menos retirarse, para no autorizar con su presencia las calumnias que oía; pero la curiosidad triunfó de la obligacion. Quiso verlo todo, acompañó á Jesús en su viaje á la casa de Herodes y en su retorno á Pilatos. Se creyó sin delito, siendo solo testigo de vista, y no se persuadió que pudiese jamás llegar á ser parte, actor y acusador. Con todo, vino á serlo, y obró, no segun sus propias luces, sino siguiendo la pasion ajena contra las luces de su conciencia, y llegó hasta el exceso de pedir la muerte de aquel cuya inocencia conocia... ¿Sois vosotros del pueblo, sin cargo y sin autoridad? ¿Oís calumniar á vuestros

pastores, á los que os guian, y cuya inocencia os es bien conocida? Si no podeis hablar en su favor, á lo menos retiraos, gemid, orad; pero no deis oídos á alguno de los discursos que se tienen contra ellos. Os haréis de otra manera cómplices, y acaso vendréis bien presto á ser culpables de las injusticias que se vendrán á cometer contra ellos, adoptando los sentimientos y aprobando las violencias de sus enemigos.

PUNTO II.

Jesús en casa de Herodes.

1.^o *Disposiciones de Herodes...* «Y Herodes cuando vió á Jesús se alegró mucho, porque habia largo tiempo que lo deseaba, porque «habia oído hablar mucho de él, y esperaba verle hacer algun milagro...» Por tanto Herodes acogió á Jesús con júbilo, con deseo y con esperanza. 1.^o *Júbilo y alegría pueril...* ¿Y qué alegría podia recibir de la vista de Jesús un príncipe voluptuoso, hasta el exceso cruel, raptor de la mujer de su hermano, y homicida de Juan Bautista? No tuvo, pues, otra consolacion que de ver un hombre extraordinario, que la de satisfacer su curiosidad sin alguna reflexion hácia sí mismo, y sin algun deseo de aprovecharse de esta visita para su salvacion. El júbilo de Zaqueo cuando acogió al Salvador en su casa fue bien diferente, y por esto tuvo la dicha de conocerlo; pero Herodes, aunque lo vió, no lo conoció. 2.^o *Deseo estéril...* Ya habia mucho tiempo que deseaba ver á Jesús; pero ¿quién se lo habia impedido? Jesús predicaba en la Galilea, en sus Estados; en este país obraba las grandes maravillas que cada dia se le contaban: todo el mundo sabia dónde se detenía: á él concurrían las gentes de todas partes, aun de los países de Sidon. ¿Dió acaso Herodes algun paso para verlo? Temia ciertamente envilecer la majestad real, y mucho mas aun el exponer á riesgo la alta sabiduria de que se preciaba si hubiese mostrado que pensaba como el pueblo.

2.^o *Sabiduria impia...* Esperaba verle hacer algun milagro... ¿Por su necesidad? No. ¿Por su provecho? No. Pues ¿por qué? Por una vanidad, por su curiosidad, por someter la obra de Dios á su exámen, á su crítica y á su censura. Con un espíritu bien diferente esperaban las hermanas de Lázaro de él un milagro. Estas vieron el milagro tan grande y tan interesante para ellas; pero Herodes ninguno vió... ¿No convienen por ventura á nosotros en alguna cosa estas disposiciones de Herodes? El placer que nos inspiran las fiestas y las solemnidades de la Iglesia ¿no es pueril y profano? Nues-

tros deseos de salud y de penitencia ¿no son estériles? ¿Estamos bastante firmes é instruidos en nuestra fe para no pedir, ni esperar nuevos milagros para establecernos mas en ella?

3.º *Preguntas de Herodes...* «Le hizo, pues, muchas preguntas...» Las preguntas de Herodes eran conformes á sus disposiciones. Preguntaba sobre objetos de pura curiosidad. Le proponia dificultades que desatar, textos que conciliar, y puntos de la ley para que los explicase. Le pregunta sobre su persona, sobre su doctrina, y sobre los milagros que le contaban. Le proponia todas estas diferentes preguntas para examinarlo, para conocerlo á fondo, y para proferir de él un juicio que sirviese de regla á los sacerdotes, á los doctores y al pueblo, é hiciese honor á su propio talento, á su discernimiento y á su alta sabiduría. Pero su pretendida sabiduría fue confundida. Esta zorra astuta, como la habia llamado el Salvador, no obstante todos sus esfuerzos para salir con honor, fue cogida en sus propias redes; sus astucias se volvieron contra ella, y bien léjos de penetrar en el secreto y en el interior del que examinaba, ni siquiera entendió su silencio exterior, y trató de necedad la sabiduría eterna de Dios.

4.º *Silencio de Jesús...* «Mas él nada le respondió...» No solo no respondió Jesús á alguna de las preguntas que le hizo Herodes, pero ni aun le dijo por qué no le daba respuesta. No le advirtió que sus malas disposiciones lo hacian indigno de un milagro, y aun de alguna respuesta; no le dijo que la curiosidad, que la vanidad, que el orgullo, la presuncion, la irreligion, que le hacian hacer tantas preguntas, eran tambien la razon de su silencio. Ni le reprendió sus delitos, su adulterio y la muerte de Juan Bautista. Jesús observó un silencio general y absoluto, y por cualquier artificio que usase Herodes no tuvo respuesta alguna de este divino Maestro... Por otra parte... «Estaban presentes los príncipes de los sacerdotes y los escribas que lo acusaban fuertemente...» Y á todo esto nada respondió Jesús... Reyes de la tierra, grandes del mundo, temblad este silencio terrible de Jesús, que es un justo pero severo castigo de vuestro orgullo, de vuestra presuncion, de vuestra temeridad, de la corrupcion de vuestro corazon, y de vuestra irreligion. Herodes no comprendió el misterio de la sabiduría y de la justicia de Dios. Se creia él, en cualidad de judío, mas iluminado que Pilato, y se mostró mas ciego que él. Pilato habia admirado el silencio de Jesús como efecto de una virtud mas que humana, y Herodes lo despreció como efecto de flaqueza y de debilidad del que observaba... ¡Oh y cuántos lle-

gan á este punto de ceguedad! Cuando Jesús les reprendia, en el fondo de la conciencia, los primeros desórdenes de una juventud libertina, respetaban todavia la Religion; pero despues que sus replicados excesos se han merecido el silencio de Jesús, miran la Religion con desprecio, vienen á ser mas vanos, y se creen mas iluminados á medida que caen en tinieblas mas espesas.

PUNTO III.

Herodes remite Jesús á Pilatos.

1.º *Jesús es despreciado de Herodes y de su corte...* «Y Herodes, «con sus soldados, lo despreció, y haciéndole vestir por burla una «ropa blanca, lo volvió á enviar á Pilato...» Herodes se creyó muy sábio con mirar á Jesús como insensato. Los grandes de su reino, que lo habian acompañado á Jerusalem, no dejaron de aplaudir sus luces, y les pareció que era obligacion suya insultar con él la sabiduría de Dios, desconocida en todos los tiempos del orgullo de la razon. Se compadecieron de la ignorancia del pueblo, que habia tenido á este hombre por un profeta, y aun tambien por el Mesias. ¡Cuántos discursos no se hicieron á este propósito! ¡Cuánta burla y cuántas impiedades no se vomitaron! Pero al mismo tiempo ¡qué orgullo, qué ceguedad y qué necedad en este príncipe y en sus cortesanos! No fue bastante despreciar á Jesús, quisieron dar á conocer en un modo sensible el juicio que la corte hacia de él, y hacerlo despreciable á todo el mundo con el vestido ridículo que le hicieron llevar. Se dejó vestir de él la Sabiduría increada para ponerse debajo de los piés, no como filósofo, el fausto con otro fausto, sino para condenar, como Dios, y reprobar para siempre la sabiduría y la estima del mundo, y para enseñarnos el caso que de ellas debemos hacer nosotros. En este estado fue Jesús enviado de Herodes á Pilato, y por medio de esta mútua deferencia fue restablecida la amistad entre el rey y el magistrado romano... «Y se hicieron amigos Herodes y Pilato en aquel dia; porque antes eran enemigos...» Los dos se reunieron contra Dios y su Cristo, segun la palabra del Profeta, y fueron tambien los dos compañeros, y quedaron iguales en el castigo temporal de su delito¹. Pero Jesús queria con su muerte procurar una union mas santa entre el judío y el gentil, formando de dos pueblos un solo rebaño bajo un mismo pastor.

¹ El Emperador los desterró á los dos á la Francia: Pilato fué á Viena, y Herodes á Lyon.

2.º *Jesús es despreciado de los sacerdotes y de los escribas...* Los unos y los otros no tenían motivo para estar contentos de Herodes, el cual no había puesto ni la mas mínima atención á sus acusaciones, conociendo mejor que Pilato la falsedad de ellas y sus motivos secretos; pero se consolaron cuando vieron á Jesús salir del palacio vestido con el hábito de ignominia, de insulto y de desprecio. Podemos imaginarnos que no se tuvo respeto ni atención alguna al divino Redentor durante todo el tiempo de su viaje, desde el palacio de Herodes hasta el de Pilato. Arrojaron contra él cuanto se puede decir, ó de mayor insulto, ó de mayor desprecio, ó de mayor burla, con silbidos, con risadas mezcladas de oprobios, de injurias, y de cuanto el odio y la envidia pueden inventar de mas malvado y de mas atroz... ¡Oh Jesús, Vos sois ciertamente un gran maestro de paciencia y de humildad! ¿Cómo es posible que no haya yo podido aun aprender en vuestra escuela á sufrir tranquilamente y en silencio una palabra picante, una burla, una palabra de desprecio?

3.º *Jesús es despreciado del pueblo...* Fue, de cierto, una grande tentación para el pueblo esta escena humillante á que fue expuesto Jesús. La autoridad hace impresion sobre el espíritu del pueblo; pero mucho mayor la hace lo que le entra por los sentidos, lo que ve con los ojos. Un rey desprecia á Jesús: es verdad que no es un gran rey, es un tetrarca, que tiene solo por sus Estados la cuarta parte de una monarquía: es verdad que no es un rey santo; sus disoluciones son bien conocidas, como tambien sus vínculos de amistad con los enemigos de la Religión: es verdad que la nación sobre que él reina no está en grande estimación en Jerusalem; pero finalmente es siempre rey, y su autoridad hace siempre impresion aun sobre un pueblo en que no manda. Pero lo que acabó de pervertir las ideas del pueblo de Jerusalem fue el estado humillante en que compareció Jesús á sus ojos. El pueblo no pudo ver aquel vestido ignominioso sin concebir algun desprecio del que lo llevaba. Ya no fue para sus ojos aquel Profeta, aquel Rey, aquel Hijo de David, que él había acogido con alegres aclamaciones, aquel hombre poderoso en obras y en palabras que con una sola palabra sanaba los paralíticos, daba vista á los ciegos y resucitaba los muertos; antes bien fue á sus ojos un hombre vil, bajo y despreciable. Y hé aquí como el pueblo poco á poco se fué dejando pervertir de sus cabezas. Nosotros lo veremos dentro de poco adoptar sus sentimientos, conformarse y seguir su furor, y hacerse cómplice del mismo deicidio.

Del desprecio fácilmente se pasa al odio, y principalmente cuando á él impelen personas que están tenidas en crédito... Nosotros ya no nos hallamos en las mismas circunstancias; pero en muchas cosas no dejamos de imitar este pueblo. ¿De dónde viene el poco respeto, por no decir desprecio, que tenemos á Jesucristo en la Eucaristía, sino del estado oscuro y escondido en que se ha puesto, y del mal ejemplo que nos dan los grandes del mundo? Y ciertamente, en este estado á que lo ha reducido su amor, deberíamos ofrecerle nuestros mas profundos homenajes en recompensa de los ultrajes y de los desprecios que ha querido sufrir por nosotros de los judíos, y á los que de nuevo se ha expuesto en este adorable Sacramento que la herejía trata de necedad, y cuya apariencia no hiere los sentidos, pero que debería su fe anonadarnos y penetrarnos de respeto y de amor.

Petición y coloquio.

El augusto Sacramento de vuestro altar, ó Jesús, llamará continuamente á mi espíritu las humillaciones que habeis sufrido en presencia de Herodes y de toda su corte, solo para merecernos á nosotros el sufrir cristianamente las que nos ocurrirán. Concededme esta gracia, ó divino Salvador. Dadme aquella sábia estulticia que comparece solo estulticia á los ojos de los verdaderos insensatos, pero que es una verdadera sabiduría á vuestros ojos y á los de aquellos que Vos quereis aclarar con vuestras luces. Amen.

MEDITACION CCCXXIV.

JESÚS ES COMPARADO CON BARRABÁS.

(Luc. xxiii, 13-17; Matth. xxvii, 15-20; Marc. xv, 6-11; Joan. xviii, 38, 39).

1.º Primer expediente que Pilato imagina para librar á Jesús; 2.º otro expediente de que Pilato se vale para librar á Jesús; 3.º incidente que hace diferir la respuesta del pueblo, y lo determina á darla contra Jesús.

PUNTO I.

Primer expediente que Pilato imagina para librar á Jesús.

El expediente que aquí propone Pilato es de castigar á Jesús; esto es, de hacerlo azotar y soltarlo libre. En el modo con que Pilato propone este expediente vemos: lo primero, un razonamiento justo, despues una conclusion injusta, y finalmente una esperanza vana.